

sobre el abismo, abría paso á una caverna donde moraba el gran Butio Biautex.

Anacaona avanzó por aquella vereda, y los caciques la aguardaron.

Tenia que atravesar el rio.

Quitándose del cuello las conchas sagradas, las dejó á las orillas del Pani.

Los caciques quedaron custodiándolas.

Anacaona se lanzó al agua, y cruzando las cristalinas ondas, llegó á la orilla opuesta.

Atravesó la cuesta Rasa, subió de nuevo á las montañas, y con la ligereza del águila llegó á la cumbre del Xaragua, terrible roca suspendida sobre el Lago de la Muerte.

Biautex, el venerable butio, el respetado y temido cacique de las montañas, por medio de una calle que formaban las espesas guazumas (D) que abrían paso á su choza, salió á su encuentro.

CAPITULO XXIV.

Una triste profecía.



NA blanca cabellera coronaba su cabeza.

Una profunda cicatriz sombreaba su arrugada frente, y sus ojos, profundos y brillantes, parecían dos hogueras continuas en el fondo de un abismo.

Adornaban su cuello tres hicos, ó hilos de maguey, de los que pendían dientes de caribes que había muerto con su propia macana. (E)

Un hacha de piedra, dura como el acero, incrustada en una rama de majagua, y armada con dientes de caiman, ocupaba su diestra.

—Biautex, exclamó Anacaona al verle, oye mis penas, disponte á aconsejarme.

—Habla, Anacaona, habla, respondió el anciano.

—El extranjero se ha apoderado de mi esposo Caonabo, del invencible guerrero, del grande y generoso soberano:

Cuacanajari á abandonado cobardemente á sus hermanos.

Boechio, moribundo en la hamaca de los reyes, espera exhalar el último suspiro, y los butios se preparan á separar del cuerpo su cabeza.

Guarionex, que ha sido débil y ha ofrecido su amistad á los españoles, convencido de su perfidia y temeroso de su denuedo, ha abandonado con su tribu las risueñas orillas del Faquí, y se ha ocultado en las montañas.

Cayacoa ha bajado á las profundas cavernas de Amayau-
na y de Cacibaxagua para consultar á los tzimes protectores,
El enemigo es cada dia más cruel con ellos.

La patria está á punto de desaparecer.

En esta situacion es necesario que abandones tu silenciosa
morada y que acudas con tu consejo y tu poderoso brazo en
nuestro socorro.

—Ven, desgraciada, ven, exclamó Biautex, cogiendo de la
mano á Anacaona, y conduciéndola hasta su morada.

Al legar allí clavó su penetrante mirada en el tzimes, que
con sus propias manos habia grabado sobre el pecho de Ana-
caona el dia en que nació.

Y despues de contemplarla un rato:

—¡Pobre reina! exclamó. Vagoniana ha querido que pre-
sencias los últimos dias de Haiti. Su maldicion ha caído sobre
nosotros.

Todos cuantos esfuerzos hagamos serán inútiles.

El extranjero destruirá nuestra raza y la esclavizará; nues-
tras ciudades serán arrasadas, y sobre sus escombros levan-
tarán nuevos edificios nuestros enemigos.

Los quipos que contienen nuestra historia desaparecerán
para siempre, y en lo sucesivo nada podrá saberse de nuestros
antepasados ni de los héroes de nuestra raza. (F)

La raza de los blancos poblará las campiñas, despues de
haber regado las verdes y risueñas colonias de Haiti con la
sangre de sus tribus.

Más tarde perecerá tambien la raza blanca bajo la espada
destructora de una raza completamente negra, que la condu-
cirá con las cadenas de la esclavitud hasta las lejanas riberas
en donde tuvo su principio la guerra.

Sus lágrimas no enternecerán la justicia del cielo.

La raza blanca perecerá.

La raza negra, libre de sus cadenas, engendrará de nuevo
generaciones cobrizas como la nuestra.

La descendencia de Vagoniana abandonará la tumba, y la
tierra de sus padres será poblada por los hijos de los hijos del
sol y de la luna.

Tal es el destino que nos espera, y ahora solo te resta el
saber morir como una reina.

Acércate á la laguna en cuyo seno duerme la muerte, baña
tu frente en sus aguas cristalinas.

Anacaona se arrodilló en presencia del butio, en tanto que
el anciano bañaba sus fatigados miembros con el jugo del
hobo. (G)

Biautex dió á Anacaona para calmar la sed que la devora-
ba raíz de Aniguarmar. (H)

El butio la bendijo y se separó de ella.

Anacaona atravesó las ondas del rio, llegó á la opuesta
orilla.

Todos los caciques corrieron á su encuentro.

En vano trataron de penetrar el misterio de la revelacion
que le habia hecho el cacique.

Guaorocaya, que habia guardado las conchas sagradas, las
colocó de nuevo en el cuello de Anacaona, y con los demas
caciques la acompañó hasta su palacio.

Antes de despedirse de ellos la reina:

—Reunid vuestras tribus, dijo á los caciques; conducidlas
á las orillas del Bonao: es necesario morir ó vencer.

Anacaona quiso conciliar el sueño y no pudo.

Para calmar su pena buscó consuelo en la oracion, y sen-
tándose en el buho de los caciques, oró bastante tiempo. (I)

Cayendo en una profunda melancolía, viendo próximo el
fin de su raza, exclamó en medio de sollozos:

—Adios, sombra querida de mis antepasados; adios, cielo

azul que nos cobijaste; adios, verdes colinas del Canta, del Xaragua y del Cibao; adios, fértil Ozama y trasparente Neira. (J)

Adios, Juna, coronada de flores, y tú, Cotuy, cuyas ondas arrastran polvo de oro; adios, Jánico, en cuyas agrestes y misteriosas orillas he oido la dulce voz de mi patria en las tranquilas noches de la primavera. Adios, palmeras coronadas de frutos deliciosos; adios, sarumas, xaguas, copeyes, majaguras, cuaconaxes, macaguas y guayacanas que rodeais con vuestra sombra el palacio de los reyes. (K)

—Adios, exclamó inundada de lágrimas, rui señor melancólico, ligero tomegin, tímida tórtola, tocororo (L) de plumas de esmeralda.

Adios, carpintero de color de oro; adios, hermosas ramas de curia (LL,) yerbas y flores por las que amaba con ternura indecible todo cuanto tiene vida, color, movimiento, voz é inteligencia en el suelo adorado de Haiti. (M)

Diez días permaneció Anacaona en oracion sin ver á nadie, ni aun á su propia hija.

Al cabo de este tiempo, el guerrero español que custodiaba en su palacio habia recuperado la salud.

Higuanamota, la Flor de las Montañas, la hermosa hija de Anacaona y Caonabo, corrió al encuentro de su madre.

—¡Cuánto sufres, madre mia! le dijo.

—Mi dolor es inmenso.

—¿No podré calmar tu pena con un rayo de la alegría de mi corazón?

—¿Tú eres feliz?

—Sí, madre mia, sí; mi alma se ha despertado al amor.

—¿Tú amas, bien mio? exclamó Anacaona, fijando con ansiedad sus ojos en los de la niña.

—Sí.

—¿A quién?

—Al extranjero.

Anacaona miró con asombro á su hija.

Un sentimiento de odio iba á fulminar en sus labios una maldicion, pero se detuvo.

El destino le habia anunciado su próxima muerte.

Si moria, ¿quién ampararia á su hija?

—Bendita seas, Higuanamota, bendita seas; no seré yo quien turbe la felicidad de tu alma.

—Ven, ven á verle, añadió Higuanamota; escucha de sus labios la promesa de amor que me hace y bendícele.

Anacaona se dejó conducir suavemente por su hija.

Hernando de Guevara, que verdaderamente amaba á la jóven india, respondió afirmativamente á las preguntas de Anacaona.

—Yo te juro, le dijo, labrar su felicidad. La enseñaré á bendecir á Dios; nada la faltará á mi lado, y contará las horas de su vida por las esperanzas y las ilusiones de su corazón.

¿Qué podia hacer la infeliz madre sino bendecir la union de los amantes?

Guevara pidió á la reina que aceptase la paz con que le brindaban los españoles.

—No, es imposible, exclamó. He jurado á Caonabo, y conmigo todos los caciques, destruir las cadenas que le sujetan, libertar á la patria ó morir.

La voluntad de Anacaona era inquebrantable.

Hernando de Guevara tenia que volver á la colonia.

Se despidió de Higuanamota, jurándole de nuevo que volveria por ella.

La pobre niña comprendió el deber del guerrero y tuvo valor para dejarle partir.

—Los guaninos que llevas la cuello, le dijo Higuanamota,

te preservarán de la muerte. No habrá un solo indio que al verlos se atreva á disparar contra tí una sola flecha.

Guevara partió.

Al llegar á la colonia fué arrestado.

Roldan, el soldado á quien habia mandado preso á la fortaleza de Santo Tomás, se habia puesto de acuerdo con los tres camaradas que le habian conducido, y habia asegurado á Colon que, confabulado Guevara con Anacaona, de cuya hija se habia prendado, habia partido con ella á ponerse al frente de los indios para dirigirlos en el combate.

Guevara no ocultó á Colon el amor que le habia inspirado Higuamota.

El almirante se preparaba á lidiar, y no estaba seguro de la fidelidad de aquel hombre, que se sentia poseido de una pasion tan vehemente hácia la hija de Caonabo.

No era posible evitar la lucha.

El almirante, con los suyos, se dispuso á salir al encuentro de los indios.

CAPITULO XXV.

La primera batalla en el Nuevo Mundo.



LEGÓ la hora del combate.

Anacaona cubrió su frente con la corona de los reyes, adornó su cuello con las cibas y las conchas sagradas, blandiendo en su diestra la flecha emponzoñada con la sangre de las serpientes de Guanica.

Los caciques la aguardaban en el batey. (N)

Un acontecimiento fatal aumentó la amargura de Anacaona.

Boechio su hermano habia espirado, y todos sus vasallos querian jurarle fidelidad como reina de Xaragua.

¿Qué era una gota más de sangre en el cáliz que la desgracia acercaba á sus labios?

Colocándose en medio de los caciques, los incitó al combate.

Allí estaban los feroces guerreros del Cibao, de Higüey, de Guabava, de Sabana, de Guacayaricua y de Hamigayana, tribus salvajes que vivian en cavernas subterráneas ó en las cimas de las montañas inaccesibles.

—Es necesario, dijo, sacudir el yugo del extranjero. Caonabo gime en la prision; su hermano Manicaotex está tambien cautivo.

Boechio ha muerto.

Guacanajari, seducido por nuestros enemigos, nos ha abandonado.

Ha llegado el momento de perecer ó de salvar á la patria, de nuestros antepasados.

Yo os guiaré al combate; yo lucharé á vuestro lado; los caiques, al frente cada cual de un numeroso ejército, se dirijirán á las llanuras del Bonao.

Empezaba á anochecer, y los guías encendieron las caobas, antorchas de resina que derramaban un resplandor siniestro.

Anacaona volvió á su palacio.

Confió su hija Higuamota á sus servidoras, y dejando en oracion á las indias, partió á ponerse al frente del ejército.

Mandaba Gayacoa en jefe, y á su lado caminaba Guarionex.

Sus tropas iban dirigidas por el feroz Mayabonex.

Los guerreros de Xaragua y los de las sierras del Nisao obedecian al anciano Biautex.

A su lado iba la tribu de los ciguayos, los más diestros lanzadores de flechas.

Umatex los dirigia.

Detrás marchaban las tribus del Cibao, ansiosas de librar de las cadenas á Caonabo.

Unos iban armados con flechas, otros con macanas, algunos llevaban hondas, fabricadas con cortezas de majagua, y no pocos lanzas con huesos de manati, espinas de pescados ó dientes de caiman.

Entre todos los guerreros formaban una falanje numerosa.

Los espías habian dado la noticia del número de soldados con que contaban los extranjeros.

Para contar tenian necesidad de granos de maíz.

Colocaban en una mano por cada soldado que veian un grano de maíz, y al ver los indios las escasas fuerzas con que contaba Colon, no pudieron ménos de sonreirse.

¿Cómo tenia valor aquel puñado de hombres para luchar contra millares de guerreros?

—A las armas, gritaron todos.

Iban á continuar la marcha, cuando Biautex:

—Deteneos, exclamó.

Mandó colocar en tierra cuatro caobas, que no tardaron en formar una hoguera.

Todos permanecieron silenciosos

El butio arrojó sobre la hoguera las hojas del sacrificio, y despues de permanecer algun tiempo en oracion, cogió un cántaro lleno de una materia viscosa, y colocándolo en el sitio que ántes habia ocupado la hoguera formada con las teas de caoba, los guerreros formaron un círculo alrededor, vueltos unos de espaldas á la olla y otros de cara, y de esta manera se entregaron á un estrepitoso baile, al compás del canto de guerra.

Despues uno á uno fué impregnando sus flechas y azagayas en el licor viscoso, que no era otra cosa que el producto de jugos de plantas y venenos de reptiles, con lo que las armas quedaron emponzoñadas.

Terminada la operacion, exclamó:

—Vamos á buscar la muerte. Cuantos esfuerzos hagamos serán inútiles; la raza de Vagoniana va á desaparecer de la tierra.

Los butios se adelantaron hácia donde estaba Biautex, y bebiendo en los güiros, (Ñ) permanecieron tambien silenciosos algunos momentos, y confirmaron las palabras de Biautex.

—Si es preciso morir, moriremos, exclamó Anacaona.

El ejército avanzó.

Colon, con sus soldados, les aguardaba en las llanuras de la Vega Real.

No podia ya sostener por más tiempo la política conciliadora que habia querido emplear para con los naturales del país.

Su enfermedad, las privaciones que sufrían los colonos, la

ansiedad de los guerreros, todo le obligaba á resolver cuanto ántes la cuestion, y se dispuso á emplear la fuerza, ya que la bondad habia sido estéril hasta entónces.

Entre todos los colonos que estaban en disposicion de tomar las armas, no pudo reunir más que doscientos infantes y cincuenta jinetes.

Iban éstos armados con espadas, flechas, lanzas y arcabuces.

Protegíales además de las flechas de sus adversarios la cota de malla y la armadura, sin embargo de poder emplear en su auxilio contra los indios los formidables perros de presa que tenían.

Los perros infundian á los naturales del país un verdadero pánico.

Como estaban desnudos, apénas los azuzaban los españoles contra ellos, corrian á su encuentro, clavaban sus agudos dientes en sus piernas, se lanzaban á su cuello, les tiraban en tierra y los devoraban.

Colon supo á un mismo tiempo, por Hernando de Guevara y por emisarios de Guacanajari, la coalicion de todos los caciques, y su resolucion de llegar hasta la colonia y darles la batalla decisiva.

Fiel Guacanajari á su promesa, envió al almirante gran número de sus vasallos para que luchasen á su lado.

No quiso el almirante aguardar á los indios en la Isabela.

Necesitaba para que maniobrasen sus guerreros ancho campo, y el 27 de Marzo del año de 1495 salió de la colonia al frente de un pequeño ejército con su hermano Bartolomé; dejó en la colonia á los enfermos y á los débiles para que la defendieran; envió órdenes á Ojeda para que en caso necesario le prestase auxilio, y atravesando el camino llamado de los Hidalgos, llegó á la altura desde donde un año ántes ha-

bia contemplado el precioso panorama que formaba la Vega Real.

La campaña en que iban á tomar parte los españoles era en extremo formidable.

Desde aquella altura pudieron ver las numerosas huestes de los indios, que llenaban todo el espacio con sus feroces gritos de guerra.

Los indios que le habia enviado Guacanajari formaban á lo léjos la retaguardia.

Bartolomé aconsejó á su hermano, como medio eficaz de destruir aquel formidable ejército, que dividiera sus tropas en muchos, aunque pequeños destacamentos, para acorralarlos, y al mismo tiempo, por distintas partes, caer sobre ellos con denodado empuje, sin darles tiempo para reponerse del primer ataque.

Pareció al almirante muy prudente esta táctica, y dividiendo la infantería en veinte columnas, bajó con ellas á la Vega.

Los jinetes, divididos tambien en grupos, formaban la vanguardia. El ataque fué obra de un instante.

Cuando ménos lo esperaban los indios, llegó á su oido el estrépito de los tambores y trompetas.

Siguió instantáneamente á este rumor el de los disparos de los arcabuces.

Los jinetes desbarataron los grupos de indios.

Veinte perros de presa cayeron con furia sobre los infelices habitantes de Haiti, y sobrecogidos todos al ver caer á centenares á sus hermanos, al sentir las heridas que producian las armas de los españoles en ellos, al ver los destrozos que causaban los perros, por más que los caciques quisieron contener á los indios, les fué de todo punto imposible.

Los que no caian heridos, corrian á refugiarse en las cavernas y en los pliegues de las montañas.

Al mismo tiempo se lanzó sobre ellos de improviso Alonso de Ojeda con los soldados del fuerte de Santo Tomás, y en ménos de una hora, aquel puñado de europeos derrotó por completo un ejército de más de veinte mil hombres.

Gayacoa y Guarionex, á pesar de su valor, tuvieron que huir amedrentados.

Mayabonex y Guaorocaya, cubiertos de heridas, cayeron en tierra.

Los caciques de las tribus de Guarionex, y más de dos mil indios, estaban en poder de los extranjeros.

Los indios de las sierras del Nisao salvaron á Biautex de la muerte.

Los vasallos de Anacaona, cogiéndola en sus hombros, corrieron con ella para librarla de los enemigos y la ocultaron en la caverna de Cacibaxagua.

Los prisioneros imploraban la piedad de los españoles.

La profecía se habia cumplido.

Colon habia colocado en su cuello el dogal de la esclavitud.

Los restos del ejército haitiano, ó gemian en la esclavitud, ó vivian ocultos en las espesuras de los bosques.

El verdadero señor de Haiti era Colon, el cual, despues del triunfo, recorrió toda la isla, estableciendo fuertes en los puntos más estratégicos, para someter á su voluntad á todos los habitantes del país.

CAPITULO XXVI.

El tributo.



MIENTRAS Boechio estaba ausente, preso Caonabo y separado de su hermano Guacanajari, solo dos grandes caciques quedaron en la isla: Guarionex y Gayacoa.

El primero, débil de carácter, imploró la piedad de Colon; declaró que si habia tomado parte en la contienda habia sido obligado por los demas indios, y sometiéndose á su voluntad, le dió completa posesion de su territorio.

Gayacoa compartió con Anacaona el trono, convirtiendo en uno solo los tres Estados de Higüey, Xaragua y Maguana.

No habian llegado hasta ellos los españoles, y entre sus escarpadas sierras y espesos bosques se aglomeraron los indios de toda la isla, que huian amedrentados de sus enemigos ó se evadian de la esclavitud que les imponian.

En posesion el almirante de la Vega Real, quiso continuar su marcha conquistadora por la isla; pero al internarse en las montañas, encontró una tenaz resistencia por parte de los naturales, razon por la cual tuvo necesidad de enviar á Ojeda al frente de los jinetes para que abriera camino.

El valiente capitán aumentaba diariamente el número de las víctimas.

Los que se libertaban del choque de su lanza ó de las cu-

chilladas de su mandoble, no tenían más remedio que someterse ó aceptar el dogal de la esclavitud.

Gran número de caciques, sin el consentimiento de Gaya-coa, su único jefe entónces, pidieron paz á los extranjeros.

Los demas se refugiaron alrededor de una profunda bahía, y en el sitio llamado Cabo Tiburon.

Anacaona y su hija se guarecieron tambien allí.

Una gran parte de la empresa que habia llevado á Colon al Nuevo Mundo, estaba realizada.

Aquellas poblaciones inmensas se hallaban dominadas por un puñado de hombres, que habian ido hasta allí en nombre de la civilizacion y enviados por reyes poderosos.

El prestigio moral estaba del lado de los europeos, y resolvió á su favor todas las contiendas con los indios.

Pero una vez sometidos los naturales del país, necesitaba Colon aprovechar este triunfo para amontonar las riquezas que ambicionaba, enviarlas á España, demostrar la importancia de su viaje, y destruir las calumnias que contra él hubieran formulado sus enemigos.

Triste, tristísimo es el papel que estos deseos obligaron á desempeñar al gran marino en aquellos momentos.

Hombre de corazon, dotado de sentimientos generosos, tenia que ver con pena á aquellos numerosos habitantes de una nacion libre é independiente humillada á su voluntad despues de una lucha desastrosa, y convertidos de señores en siervos.

Creese que si sus enemigos, los que habian venido á España, no le hubieran calumniado, no hubieran atentado á su reputacion, hubiera sido para aquellos infelices indios un amigo, un padre.

Pero necesitaba à toda costa amontonar riquezas.

Sus soldados tenian que defender los fuertes que habia establecido ó estaba fabricando, y para recoger el oro y los pro-

ductos que debia enviar á España, no tenia más remedio que valerse de los mismos indios.

Doloroso era obligarles á fabricar su misma cadena.

Grande era la amargura de Colon al dictar las tiránicas leyes que promulgó en la isla.

Pero se figuraba á sus enemigos acercándose al trono y calumniándole.

Comprendia que las declaraciones de su hermano Diego no bastarian á contrarestar las intrigas de sus adversarios, y pensaba que la mejor respuesta que debia dar à las acusaciones que fulminasen contra él, era enviar á las costas de España gran número de buques cargados de oro, argumento entónces, como siempre, poderoso, inquebrantable.

Y sofocando los sentimientos generosos, impuso á los naturales del país un tributo ominoso.

Mandó que todos los habitantes de la Vega, y especialmente los que habitaban en las regiones de las minas del Cibao, desde los catorce años en adelante tendrian que pagarle, de tres en tres meses, un tributo en polvo de oro.

Establecióse como medida un cascabel flamenco, que lleno debian entregarle en los plazos marcados; y los indios, que habian visto en aquel juguete un objeto de gran valor, que lo habian codiciado con tanto afan, no tuvieron más remedio que ver en él un contínuo padron de su ignominia. ¡Sarcasmo horrible de la suerte!

Los caciques debian entregarle mayor cantidad de oro.

Su tributo consistia en media calabaza llena de aquel metal, cuyo importe ascendia á unos ciento cincuenta pesós.

En los departamentos que carecian de oro, se impuso á los naturales como tributo la entrega cada tres meses de una arroba de algodón hilado.

Pero si parecia en extremo duro á los indios este tributo,

más doloroso fué para ellos el sello de ignominia que se puso à su cuello.

En el momento en que pagaban el tributo recibian una especie de medalla de cobre, que debian llevar al cuello como una prueba de que habian pagado.

Los que se hallaban sin ella eran presos y castigados severamente.

Algunos dias àntes de acabarse el trimestre tenian que entregar à los capitanes de las fortalezas más próximas à los parajes en que habitaban, las infamantes medallas, que les eran devueltas cuando hacian efectivo el impuesto.

¡Con qué horror miraban aquellas medallas los indios!

Al llevarlas al cuello, no se atrevian à mirarse unos à otros.

La muerte era preferible à la deshonra que implicaba aquel dogal que oprimia su garganta.

Para que la isla continuase sometida à ellos, levantó las fortificaciones en puntos estratégicos, reforzó la de la Isabela, reparó la de Santo Tomás; en las montañas del Cibao, à muy corta distancia de donde se fundó despues la ciudad de Santiago, estableció la de la Magdalena; en la Vega Real, en los límites de los dominios de Guarionex, erigió la de Santa Catalina, y en las orillas de Yagua, en el Cibao, la de la Esperanza.

La más importante de todas era la de la Concepcion, y dió su mando à Pedro de Barahona.

Una inmensa consternacion se apoderó de todos los indios. Acostumbrados à la ociosidad, à la pereza, al bienestar, el trabajo que les imponian era durísimo.

En varias ocasiones manifestaban à Colon que les sería imposible de todo punto obedecer sus órdenes.

Las fértiles llanuras de algunos de ellos no producian oro, y aunque los rios arrastraban arena aurífera, carecian de medios para separar el oro de la arena.

Guarionex se acercó à Colon para pedirle que conmutase su impuesto por otro.

—Yo me ofrezco, le dijo, à cultivar en una extension que atraviesa de mar à mar, el trigo que necesiteis para proveer à vuestra nacion durante el período de diez años. (O) Pero no me exijas oro: me es imposible de todo punto dártelo.

No era trigo lo que habian ido à buscar allí los españoles.

Su proposicion fué desechada, y Guarionex no tuvo más remedio que someterse à la voluntad de sus dominadores.

Pero el almirante presenciaba continuamente los sacrificios que tenian que hacer para pagar el tributo, y su generosidad no pudo ménos de sobreponerse à su codicia.

Al fin y al cabo rebajó à una mitad el tributo que debia pagarle cada indio.

Pero de todos modos, nada habia más triste, más precario, más doloroso que la situacion de aquellos infelices.

Un célebre historiador pinta su situacion con tan vivos colores, que no hallo frases mejores que las suyas para describirlas.

«Una profunda desesperacion, dice, se apoderó de los habitantes del país.

«El trabajo les mortificaba.

«Indolentes por naturaleza, acostumbrados à vivir en la más completa ociosidad, disfrutando de su templado clima, preferian tal vez la muerte à la servidumbre que les imponian.

«Nada más lamentable que su abatimiento.

«Vivian sin esperanza de recobrar su libertad, aquel precioso bien que hasta entónces habian disfrutado, sin pensar que algun dia podian perderla para siempre.

«Nada les quedaba ya de su pasada existencia.

«Sí, les quedaban los recuerdos, los tristes recuerdos que

laceraban á todas horas su corazón, que representándoles el pasado, aumentaban su amargura presente y entristecían más y más su porvenir.

«¡Cuánto echaban de ménos el regalado sueño á la sombra de las palmeras, el embeleso de la siesta junto á los cristalinos arroyos ó las murmuradoras fuentes!

«¡Con qué melancolía recordaban sus danzas, sus juegos y el sonido del tamboril indio, que se habia extinguido para siempre de su alma!

«En vez de reposar y de gozar, tenían que pasar el día en los rios y en los arroyos para recoger el oro que se les habia impuesto como tributo; tenían que cultivar los campos, y las largas veladas las pasaban cerniendo las arenas para encontrar el oro que ocultaban.

«Ni los más expansivos buscaban un consuelo en sus breves horas de descanso, reproduciendo sus danzas ó cantando los areitos nacionales.

«La contemplacion del pasado les sumergia en un profundo abatimiento.

«La voz se extinguía en su garganta.

«Sus cántaros, convertidos en lágrimas, brotaban de sus ojos.

«Hablaban de la felicidad de sus tiempos pasados, de aquella época dichosa en que los europeos no habian hecho que se doblase su cuello bajo el yugo de la esclavitud y del trabajo, y hasta los mismos butios recordaban antiguas profecías, en las que anunciaban la llegada de los españoles, cubiertos de invulnerables armaduras, y de la servidumbre en que bajo su dominacion vivirían sujetos los naturales del país.

«Al pronto habian pensado que despues de llevarse el oro se alejarían para siempre.

«Pero al ver que construían casas y fortalezas, al ver que

se diseminaban por la ciudad, perdiendo por completo la esperanza, se entregaron á la más dolorosa desesperacion.

«Todos los días desaparecían centenares de indios ó de indias, que llevando en brazos sus hijos, corrían á refugiarse en los dominios de Gayacoa.»

Los soldados de Colon, envalentonados con el triunfo, continuaban aprovechándose brutalmente del temor que infundían á los indígenas, para agravar su situacion, satisfaciendo sus infames pasiones.

Ni el mismo Guarionex pudo librarse de esta conducta bárbara.

Su desventura iba á darle un papel importante en una terrible tragedia.

Asistamos á ella.